

Causas de la Ocupación Militar Yanqui de 1916-1924¹

Emilio Cordero Michel²

(Entrevista de Félix Servio Ducoudray)

“Aunque pudo haber otras causas en la Ocupación Militar Norteamericana de 1916-1924, la fundamental fue económica. Y concretamente: la expansión de su producción azucarera en nuestro país”.

Esta es la idea central que expone el Dr. Emilio Cordero Michel, profesor de Historia Social Dominicana en la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Fuimos a conversar con él porque sabíamos que ha investigado minuciosamente ese período, no sólo mediante el estudio de libros que otros hacen, sino además metido entre legajos del Archivo General de la Nación.

Al preguntarle por los antecedentes de esa primera ocupación, responde con seguridad:

“Aquí existe muy difundida la creencia –es casi una leyenda– de que las tropas norteamericanas vinieron en el

1. Esta versión ligeramente corregida, originalmente fue publicada por Félix Servio Ducoudray en la revista *¡Ahora!*, no. 557, pp. 30-33. Santo Domingo, 15 de julio de 1974.
2. Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, presidente de su Junta Directiva en el período 2007-2010 y editor de esta revista.

1916 a consecuencias del estallido de la guerra mundial, que entonces tenía lugar en los campos de batalla de Europa principalmente, así como también por la guerra submarina que Alemania llevaba a cabo en aguas del Caribe”.

“Se dice igualmente que nos invadieron para establecer el orden, por vivir nosotros hundidos en el caos administrativo y político. Otras versiones aseguran que la ocupación obedeció a que el Gobierno Dominicano violó las disposiciones de la clausula tercera de la Convención Domínico–Americana de 1907, que se estipulaba que la República Dominicana no podía aumentar su deuda externa ni interna sin la aprobación expresa del Gobierno de los Estados Unidos”.

“Pero nada de eso da en el blanco. La verdadera razón básica y de fondo fue otra”.

Cordero Michel se dispone a revelarnos el secreto. En la habitación-estudio de su residencia, con las paredes cubiertas por altas estanterías llenas de libros de su especialidad, revisa documentos y fichas para refrescar los datos que va compendiando mentalmente. Y entonces entra en materia:

“El capital financiero norteamericano había penetrado en Santo Domingo desde fines del siglo pasado, en tiempos de Lilís. Ese proceso lo encarnaron la San Domingo Improvement Company y la San Domingo Financing Company, que eran empresas controladas indirectamente por la Casa Morgan y la Kuhn Loeb Corpotation”.

“Al finalizar el siglo pasado –continúa– se presentó lo que se llamó la ‘Guerra del Azúcar’, una situación de tirante competencia entre los productores de azúcar de remolacha, que eran fundamentalmente los europeos, y los productores de azúcar de caña, porque el volumen del dulce del tubérculo que se colocaba en el mercado mundial era muy superior al de

la gramínea. Los Estados Unidos se propusieron convertirse en los mayores productores azucareros del mundo, a través de compañías que, además de las propias en su territorio continental operarían en el extranjero. Eso era ya manifestación y consecuencia de la política de expansión del imperialismo norteamericano, que en los primeros años de este siglo ocupaba militarmente y controlaba económicamente a Cuba, y poseía a Puerto Rico y a Filipinas como colonias, y protegía a Hawai, todos productores de azúcar de caña”.

“En su política imperialista de conquista de mercados, de exportación de capitales y sobre todo de obtención de materias primas, los Estados Unidos, (ya con la experiencia de Cuba a la que tenían atrapada en las redes de la Enmienda Platt) comenzaron a contemplar codiciosamente la conquista de nuevos territorios para expandir su producción azucarera”.

“Eso ocurrió –sigue explicando– en el tercer quinquenio de este siglo XX, a partir de 1911-1912, fecha en que ya nuestro país se encontraba económicamente dominado por los Estados Unidos, a consecuencias de la señalada Convención Dominico-Americana de 1907, efecto de la política del garrote impuesta en el Caribe por el presidente Theodore Roosevelt”.

“Es el tiempo en el que el Gobierno de Mon Cáceres promulgó la famosa Ley de Franquicias Agrarias del 11 de julio de 1911, que establecía que los que invirtieran en la industria azucarera estarían exentos del pago de todo impuesto, incluidos los de la exportación del azúcar que produjeran. Cáceres muere meses después y no fue casual que en 1912 llegara al país el primer norteamericano que iba a invertir en la industria azucarera moderna: Hugh Kelly, quien en ese mismo año estableció el Central Porvenir y refundió varios pequeños ingenios que existían en sus alrededores desde 1880”.

“En el mismo año, la South Porto Rico Sugar Company, apoyada en la misma Ley, formó una subsidiaria con asiento en New Jersey: el Central Romana Corporation; empresa que a partir de los años 1912-1913 inició en el Este las compras de tierra y el cultivo de la caña, producto que se enviaba a moler a Puerto Rico en el Central Guánica, que era también de propiedad de la South Porto Rico Sugar Company”.

“Los Centrales Porvenir y Romana constituyeron la cabeza de playa de la penetración financiera azucarera imperialista que vino después con mayor ímpetu apoyada en las tropas de la Ocupación Militar”.

“En 1913 la producción europea de azúcar de remolacha disminuyó mucho, entre otras razones por la movilización militar de vísperas de la guerra, lo que se intensificó tras el asesinato, en Sarajevo, del Archiduque de Austria, y por las copiosas nevadas que cayeron en ese invierno, y esa escasez inauguró un período de los altos precios del azúcar en el mercado mundial”.

“Ese fue el momento propicio para que los inversionistas azucareros de Wall Street le echaran el ojo a las magníficas condiciones y ventajas que les ofrecía nuestro país: en primer lugar, suelo y clima favorables; en segundo lugar, mano de obra abundante y barata y; en tercer lugar, leyes favorables, como las de Mon Cáceres. Todo esto en momentos en los que aumentaban la demanda y precios mundiales del azúcar”.

Cordero Michel conversa con nosotros apelando continuamente a los textos documentales que atesora en su biblioteca. Y así nos muestra una ficha que registra el salto de las exportaciones de azúcar (azúcar crudo, desde luego, que es materia prima semi-elaborada) hacia los Estados Unidos: en el año 1912, nuestras exportaciones andaban por las 97,000

toneladas. En 1916 iban ya por 128,000 toneladas. El dato de 1921 es de 188,000 toneladas. Y al irse de aquí, en 1924, las dejaron en 220,629 toneladas.

Se ve, además, en otra ficha que nos muestra, la consecución del objetivo de conquista en los mercados europeos. Esto lo indica la distribución en por cientos de las exportaciones según el país de destino: en 1916 el 81 por ciento del azúcar que exportábamos fue a los Estados Unidos; en 1918 y en 1920, el 95 por ciento.

Pero ya en 1924, a pesar de que aumentaba la producción azucarera, los Estados Unidos sólo recibieron el 23 por ciento de nuestras exportaciones; y en 1925, apenas el 2 por ciento. El resto se estaba vendiendo sobre todo a Inglaterra.

Oigamos de nuevo a Cordero Michel:

“Cuando ocurrió el desembarco militar norteamericano de 1916, con los marinos vino otra empresa azucarera que fue, en conjunto, la mayor establecida aquí: la West Indies, Sugar Company, del grupo Morgan, que instaló todas las unidades productivas que hoy constituyen el Consejo Estatal del Azúcar (CEA), salvo el Central Haina y los pequeños Ingenios Catarey y Esperanza. Esta empresa norteamericana fue la que, con el Central Romana, llevaron a cabo los mayores despojos de tierra contra nuestros campesinos del Este y crearon las bases para la formaron de sus latifundios cañeros”.

“Aunque hay otros factores en la Ocupación Militar – remata–, el fundamental fue el económico. Y concretamente: la expansión de la producción azucarera en nuestro país”.

Entra el humeante aroma del café y aprovechando la pausa para llevar la entrevista a la dilucidación de otro asunto importante: el de la tesis, tan socorrida como urticante, de que

“los americanos fueron los que civilizaron nuestro país”. El profesor de la UASD expresa:

“Los que consideran que eso fue cierto, intentan atribuirle al pueblo dominicano características de haber sido salvaje hasta que el ‘civilizado marine’ ocupó nuestra patria. Y esas personas le hacen flaco servicio a la República y manifiestan desconocer nuestra historia”.

“Lo que pasó fue lo siguiente: que en vista de la resistencia que le opuso al pueblo al interventor y, sobre todo, por la oposición armada, los marines tuvieron que construir algunas obras de infraestructura, como las carreteras del Cibao, del Sur y del Este, citadas como las principales obras de civilización”.

“Pero tales carreteras no tenían objetivos económicos civilizadores. Su objetivo no era facilitar el transporte de productos a los puertos, ya que el azúcar se fabricaba cerca del mar o de los ríos, y los ingenios contaban con las vías férreas necesarias para colocarla en los lugares de embarque. El verdadero móvil de las carreteras fue estratégico-militar, para facilitar el transporte rápido de tropas a cualquier lugar del territorio dominicano en que se amenazara al ocupante. Al respecto, existe en el Archivo General de la Nación una Orden General del 29 de octubre de 1921 que lo confirma”.

Cordero Michel rebusca en sus legajos y nos la da a conocer:

“Los ingenieros que están trabajando con el Departamento de Obras Públicas en la construcción de carreteras, etc., a través del país, están haciendo un trabajo que es de un valor militar importante como el nuestro; nosotros necesitamos las carreteras y puentes que construyen, más que nadie. Por lo tanto, yo deseo

que todo oficial o alistado de la Guardia le extiendan toda clase de generosa y amigable cooperación y ayuda. Así podemos hacer nuestro mutuo trabajo más ligero que de ninguna otra manera”.

“Esta Orden la firmó el coronel norteamericano James Carson Breckinridge, comandante de la Guardia Nacional Dominicana. De modo que ya se sabe a quiénes se refirió el ‘nosotros’ de la frase: ‘Nosotros necesitamos las carreteras y puentes que construyen, más que nadie’. Eran, pues, carreteras militares. Para reprimir, no para civilizar”.

Pero el entrevistado tiene algo más que decir acerca del punto, y agrega:

“Por otro lado, si bien es cierto que los marines construyeron carreteras y uno que otro edificio escolar, no lo es menos que introdujeron en nuestro país la corrupción administrativa a todo nivel, el robo descarado, los métodos brutales de tortura, así como la vida lujosa y dispendiosa. Y ahora yo pregunto ¿es eso civilizar?”.

“Y en último caso, las medidas que pudieron haber promovido el desarrollo socio-económico del país, perseguían solamente explotar con mayor eficiencia al pueblo dominicano y con ellas sólo se consiguió hacer el país más dependiente del capitalismo norteamericano. Y es el caso de volver a preguntar: ¿puede llamársele a eso civilizar?”. No, claro que no. Los yanquis no vinieron a civilizarnos, vinieron a saquearnos”.

Mientras el fotógrafo Federico Kidd llega y se mueve con la cámara en la habitación, preguntamos acerca de la lucha que el pueblo dominicano llevó a cabo contra el ocupante. Y el conocido historiador expone:

“Quienes llevaron el mayor peso en la lucha contra el interventor militar fueron los campesinos del Este, los mal llamados ‘gavilleros’, muchos de los cuales fueron propietarios de tierra, y víctimas de los despojos que perpetraron los norteamericanos”.

“Esos combatientes –añade– eran nacionalistas que defendían la tierra que les quitaron. Fueron ellos los que pagaron la mayor cuota de sangre, con los cientos de bajas y millares de asesinatos que padecieron.

“Entre los guerrilleros patriotas del Este los que más sobresalieron fueron estos: Ramón Natera, Vicente Evangelista (Vicentico), Luciano Reyes, Pedro Celestino del Rosario (Tolete), Marcial Guerrero, Joaquín y Ramón Mercedes, Hilario Piña, Félix Laureano, Muñiño, Hortensio de Aza, José Piña, Alfonso de Gracia, Julio Núñez, Fafito Bastardo, el haitiano Jean Coq, José Amparo, Martín Peguero, Nicomedes Paredes Ventura y Laíto Báez. En las lomas de Moca y Salcedo de la Cordillera Septentrional, Lucas Camilo; (a Cayo Báez lo torturaron por sospechase que era correo de este guerrillero). Y en las serranías del Bahuco y de la Cordillera Central, Olivorio Mateo. Pero la lista es todavía incompleta. Ellos, cuyos nombres no debe olvidar ningún dominicano, y muchos otros, mantuvieron en la región del Este y en la Cordillera Septentrional a las tropas invasoras en permanente acoso”.

Y he aquí otra primicia que nos brinda Cordero Michel, para mostrar la importancia de esa lucha: el cuadro estadístico elaborado por él acerca del número de combates librados entre yanquis y guerrilleros, así como del número de bajas que tuvieron ambas partes. En esto último, desde luego, ocurre lo de siempre: los informes oficiales norteamericanos, que

constituyen la fuente disponible, exageran las cifras de las bajas nacionalista y, sobre todo, disminuyen las propias.

De todos modos, hubo más de trescientos combates entre 1917 a 1921. La lectura de dicho cuadro estadístico, formado en base a los documentos del Archivo General de la Nación, es la siguiente:

Actividades guerrilleras, 1917-1921

Año	Unidades Infantería de Marina	No. Tropas Infantería de Marina	Combates con Guerrilleros	Bajas Infantería de Marina	Bajas de Guerrilleros
1917-1919	3er. Regimiento	500	más de 100	6 muertos 18 heridos	350 muertos y heridos
1919-1921	15to. Regimiento 1er. Batallón	800	200	7 muertos 22 heridos	600 muertos y heridos
Totales	-----	1,300	más de 300	13 muertos 40 heridos	950 muertos y heridos

Que siga ahora el entrevistado:

“Sectores de la clase media también participaron en esa lucha, y de ellos quienes más se distinguieron en el campo armado fueron Máximo Cabral y Carlos David, quienes dirigieron el combate contra las tropas yanquis en La Barranquita (Mao), el 3 de julio de 1916, al inicio de la Ocupación Militar”.

“También hubo elementos de la burguesía, sobre todo intelectuales, que a partir de 1920 iniciaron, una campaña

nacionalista en pro del desalojo del país por las tropas interventoras. Cito entre ellos a: Américo Lugo, Fabio Fiallo, Rafael Emilio Sanabia, Luis Conrado del Castillo, el doctor Alejandro Coradín, Enrique Apolinar Henríquez, Tulio Cestero, Francisco y Federico Henríquez y Carvajal, Rafael César Tolentino, Frank Bermúdez, Max Henríquez Ureña, Emiliano Tejera y muchos otros”.

“Ellos desarrollaron en el país y el extranjero una amplia campaña publicitaria de denuncias contra las tropelías que cometían las tropas de ocupación, la principal de las cuales, desde luego, fue la desaparición de nuestra soberanía. Fundaron la Unión Nacional Dominicana que planteó la desocupación ‘pura y simple’ de las tropas yanquis del país”.

“Hubo otro sector –prosigue Cordero Michel– que aun cuando propugnaba por la desocupación, la concebían de modo que con ella se mantuvieran la dependencia económica y la hegemonía norteamericana en el país. Los más descollantes fueron Francisco J. Peynado, Julio Ortega Frier y Manuel de Jesús Troncoso de la Concha”.

“Las gestiones de este sector fueron las que culminaron en el llamado Plan de Desocupación Hughes-Peynado, que en el fondo vino a garantizar y legalizar los despojos cometidos por los norteamericanos en las zonas azucareras. En primer lugar, estipulaba el reconocimiento de todas las Órdenes Ejecutivas y medidas legislativas del interventor entre ellas la legislación de tierras; en segundo lugar, la concertación de un empréstito de 25 millones de dólares que incrementó la deuda externa y, además, prolongó el control norteamericano sobre nuestras aduanas. De hecho, ese Plan mantuvo vigente la Convención Domingo-Americana de 1907. Pero quizás el resultado más importante y nefasto del plan de desocupación fue que dejó

estructurado el órgano represivo que garantizaría sus intereses: la Guardia Nacional Dominicana, que pasó a llamarse Policía Nacional Dominicana con Rafael Leonidas Trujillo en sus filas”.

¿Y qué decir entonces del 12 de julio, fecha en que desocuparon militarmente el país en 1924, así como de lo que ha venido después?

El profesor de historia tiene la respuesta a flor de labios:

“Efectivamente, el 12 de julio las tropas norteamericanas abandonaron físicamente el territorio nacional y en la Torre del Homenaje ese día fue arriada la bandera de los Estados Unidos e izada la nuestra. Pero dejaron el país atado y dependiendo cada día más del imperialismo norteamericano. La banca norteamericana, el First National City Bank of New York y el capital financiero de los Estados Unidos se quedó clavado en el país. Y de ello se deriva lo que todo sabemos y padecemos: la dependencia política, cultural y militar”.

“A partir de ese momento –señala Cordero Michel– la República Dominicana ha girado en la órbita de Washington, hasta nuestros días. Los efectos funestos de la Ocupación Militar Norteamericana los estamos viviendo hoy día, tras los largos 31 años de la brutal dictadura de Trujillo, pasando por el lacayismo del Consejo de Estado y del Triunvirato, hasta la entrega de nuestros recursos naturales por el Gobierno de Balaguer. De todo ese período la única excepción ha sido el corto y derrocado Gobierno democrático de Bosch”.

“En otras palabras –concluye, y con esto concluye también nuestra entrevista– que la verdadera desocupación del país por el imperialismo norteamericano, la plena independencia política y económica de la patria, están todavía por lograrse. Esa sigue siendo la gran tarea de los patriotas dominicanos”.